

Lección 8

Adorad al Creador

Sábado 19 de mayo

Por esto, yo no dejaré de amonestaros siempre de estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente. 2 Pedro 1:12.

Creemos sin duda alguna que Cristo va a venir pronto. Esto no es una tabula para nosotros; es una realidad. No tenemos la menor duda, ni la hemos tenido durante años, de que las doctrinas que sostenemos son la verdad presente, y que nos estamos acercando al juicio. Nos estamos preparando para encontrar a Aquel que aparecerá en las nubes de los cielos escoltado por una hueste de santos ángeles, para dar a los fieles y justos el toque final de la inmortalidad...

“Dios está ahora probando a su pueblo. Está desarrollando su carácter. Los ángeles están pesando el valor moral, y llevando un registro fiel de todos los actos de los hijos de los hombres” (*La fe por la cual vivo*, p. 220).

Las personas honradas lograrán percibir la recta cadena de la verdad presente. Verán sus conexiones armoniosas, eslabón tras eslabón, que conforman un grandioso panorama, y se aferrarán a ella. La verdad presente no es difícil de entender, y el pueblo que Dios guía está unido en esta amplia y firme plataforma. Dios no usará personas de fe, opinión y conceptos diferentes para esparcir y dividir. El cielo y los santos ángeles están trabajando para unir, para producir unidad de fe, en un solo cuerpo. Satanás se opone a esto, y está decidido a esparcir, a dividir y a introducir diferentes sentimientos, para que la oración de Cristo quede sin contestar: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”. Juan 17:20, 21. Jesús estableció que la fe de su pueblo debía ser una sola (*Testimonios para la iglesia*, tomo 1, p. 293).

Necesitamos escudriñar diariamente las Escrituras para que podamos conocer el camino del Señor y para que no seamos engañados por imposturas religiosas. El mundo está lleno de falsas teorías e ideas espiritualistas seductoras que tienden a destruir la clara percepción espiritual y a descarriar de la verdad y de la santidad. Especialmente en este tiempo, necesitamos mucho prestar atención a la amonestación: “Nadie os engañe con palabras vanas”. Efesios 5:6.

Debemos ser cuidadosos, no sea que interpretemos mal las Escri-

turas. Las claras enseñanzas de la Palabra de Dios no han de ser tan espiritualizadas que se pierda de vista la realidad. No se tuerce el sentido de las declaraciones de la Biblia en un esfuerzo por presentar algo raro a fin de agradar la fantasía. Entended las Escrituras tales como son. Evitad especulaciones ociosas acerca de lo que habrá en el reino de los cielos (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 200).

Domingo 20 de mayo: La universalidad del evangelio

Las últimas palabras de Cristo a sus discípulos muestran la importancia que tiene la obra de diseminar la verdad. Justamente antes de su ascensión les dio esta orden: “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado: y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”...

Qué bueno sería que todos los que tienen la luz de la verdad siguieran el ejemplo dado por Cristo, y no emplearan el tiempo, los talentos y los medios que Dios les ha dado en solo uno o dos lugares, cuando la luz de la verdad debe ir a todo el mundo. La maravillosa manifestación de la gracia revelada en el mensaje evangélico debe ir a todo lugar (*Cada día con Dios*, p. 105).

El único modo de crecer en la gracia consiste en hacer desinteresadamente la obra que Cristo nos ordenó hacer: dedicarnos, en la medida de nuestra capacidad, a auxiliar y beneficiar a los que necesitan la ayuda que podemos darles. La fuerza se desarrolla con el ejercicio: la actividad es la condición misma de la vida...

La iglesia de Cristo es la intermediaria elegida por Dios para salvar a los hombres. Su misión es llevar el evangelio al mundo. Esta obligación recae sobre todos los cristianos. Cada uno de nosotros, hasta donde lo permitan sus talentos y oportunidades, tiene que cumplir el mandato del Salvador. El amor de Cristo que nos ha sido revelado nos hace deudores de cuantos no lo conocen. Dios nos dio luz, no solo para nosotros, sino para que la derramemos sobre ellos.

Si los discípulos de Cristo comprendiesen su deber, habría mil heraldos proclamando el evangelio a los paganos donde hoy hay uno... Y se trabajaría con más ardor en favor de las almas en los países cristianos (*El camino a Cristo*, pp. 80, 81).

La misericordia implica la imperfección de aquel sobre quien se la confiere. La misericordia comenzó su existencia activa debido a la imperfección del hombre. El pecado no es objeto del amor de Dios, sino de su odio. Sin embargo, se compadece del pecador porque el culpable lleva la imagen del Creador y ha recibido de él las facultades que hacen posible que llegue a ser un hijo de Dios, no por sus propios méritos sino por los méritos imputados de Jesucristo, por el gran sacrificio que el Salvador ha hecho en su favor (*A fin de conocerle*, p. 47).

Tomad vuestras Biblias e id a Dios en ferviente oración. Pedidle que os enseñe a conoceros a vosotros mismos, a comprender vuestras debilidades, vuestros pecados e inconsecuencias, a la luz de la eternidad. Pedidle que os muestre cómo aparecéis a la vista del Cielo. Esto es una obra individual... En humildad enviad vuestra petición a Dios y no descanséis día y noche hasta que podáis decir: Oye lo que el Señor ha hecho por mí. —hasta que podáis dar un testimonio viviente y hablar de victorias ganadas (*En los lugares celestiales*, p. 90).

Lunes 21 de mayo: El ladrón en la cruz y el “evangelio eterno”

Los ladrones que fueron crucificados con Jesús sufrieron la misma tortura física que él. Pero solo uno de ellos se endureció; el dolor lo desesperó y le infundió rebeldía. Se unió a las burlas de los sacerdotes y vilipendió a Jesús diciéndole: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. Lucas 23:39. El otro malhechor no era un criminal endurecido. Cuando oyó las diatribas de su compañero de fechorías, “le reprendió, diciendo: ¿Ni aún temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo”. Vers. 40, 41. Acto seguido, cuando su corazón sintió la atracción de Cristo, la iluminación celestial invadió su mente. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de una cruz, vio a su Redentor, a su única esperanza, y se dirigió a él con humilde fe (*La historia de la redención*, p. 231).

Al ser condenado por su crimen, el ladrón se había llenado de desesperación; pero ahora brotaban en su mente pensamientos extraños, impregnados de ternura. Recordaba todo lo que había oído decir acerca de Jesús... El Espíritu Santo iluminó su mente y poco a poco se fue eslabonando la cadena de la evidencia. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de la cruz, vio al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. La esperanza se mezcló con la angustia en su voz, mientras que su alma desamparada se aferraba de un Salvador moribundo. “Señor, acuérdate de mí —exclamó— cuando vinieres en tu reino”.

Prestamente llegó la respuesta. El tono era suave y melodioso, y las palabras, llenas de amor, compasión y poder: De cierto te digo hoy: estarás conmigo en el paraíso... El ladrón arrepentido sintió la perfecta paz de la aceptación por Dios (*Conflicto y valor*, p. 326).

Jesús no lo ha abandonado para que usted se asombre por las pruebas y dificultades que encuentra. Él se lo ha expuesto todo, como también le ha dicho que no se quede abatido ni oprimido cuando vienen las pruebas. Mire a Jesús, su Redentor; tenga ánimo y regocíjese... Jesús no está en la tumba nueva de José. Resucitó y ascendió al cielo para interceder allí en nuestro favor. Tenemos un Salvador que nos amó de tal manera que murió por nosotros, a fin de que por él pudié-

semos tener esperanza, fuerza y valor, y un lugar con él en su trono. Él puede y quiere ayudarnos si lo invocamos.

Si procura llevar solo sus cargas, será aplastado por ellas. Usted lleva pesadas responsabilidades. Jesús las conoce, y no lo dejará solo, si usted no lo abandona. Él se siente honrado cuando le confía la custodia de su alma como a un Creador fiel. Lo invita a esperar en su misericordia, creyendo que él no desea que lleve con su propia fuerza estas pesadas responsabilidades. Tan solo crea, y vera la salvación de Dios (*Testimonios para la iglesia*, tomo 8. p. 140).

Martes 22 de mayo: Temed a Dios y dadle gloria

Juan en el Apocalipsis predice la proclamación del mensaje evangélico precisamente antes de la segunda venida de Cristo. El contempla a un “ángel volar por en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a todos los que moran en la tierra, y a toda nación y tribu y lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios, y dadle honra: porque la hora de su juicio es venida”. Apocalipsis 14:6. 7.

En la profecía, esta amonestación referente al juicio, con los mensajes que con ella se relacionan, es seguida por la venida del Hijo del hombre en las nubes de los cielos. La proclamación del juicio es el anuncio de que la segunda aparición del Salvador está por acaecer. Y a esta proclamación se denomina el evangelio eterno. Así se ve que la predicación de la segunda venida de Cristo, el anuncio de su cercanía, es una parte esencial del mensaje evangélico (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 179).

Sus mandamientos y su gracia están adaptados a nuestras necesidades, y sin ellos no podemos ser salvos, no importa qué hagamos. Requiere una obediencia que él pueda aceptar. La ofrenda de bienes, o cualquier otro servicio, sin la participación del corazón, no será aceptado. La voluntad debe ser sometida a él. El Señor requiere de ustedes una mayor consagración, una mayor separación del espíritu y la influencia del mundo...

La conducta de los cristianos es como la de su Señor. El enarbola el estandarte, y a nosotros nos corresponde decidir si nos vamos a reunir en torno de ese estandarte o no. Nuestro Señor y Salvador dejó a un lado su dominio, sus riquezas y su gloria, y vino a buscarnos, para poder salvamos de la miseria y hacer de nosotros seres semejantes a él. Se humilló a sí mismo y tomó nuestra naturaleza para que pudiéramos aprender de él y, al imitar su vida de generosidad y abnegación, pudiéramos seguirlo paso a paso hasta el Cielo. No podemos ser iguales al Modelo, pero podemos pareceros a él, y de acuerdo con nuestra capacidad obrar de la misma manera (*Testimonios para la iglesia*, tomo 2, pp. 153, 154).

Los padres y las madres que ponen a Dios en primer lugar en su

familia, que enseñan a sus hijos que el temor del Señor es el principio de la sabiduría, glorifican a Dios delante de los ángeles y delante de los hombres...

El sagrado privilegio de comulgar con Dios aclara y define la visión de las cosas gloriosas que se han preparado para los que aman a Dios y reverencian sus mandamientos. Debemos infundir reverencia a nuestra vida diaria...

Complicamos nuestros deberes diarios de la vida con demasiadas cosas mezquinas y comunes, y por eso no vamos al invisible. De esa manera perdemos muchas y ricas bendiciones dentro de nuestra experiencia religiosa.

La verdadera reverencia se revela mediante la obediencia. Dios no exige nada que no sea esencial, y no hay mejor manera de manifestar la reverencia que tanto le agrada que obedeciendo sus palabras (*Mi vida hoy*, p. 293).

Miércoles 23 de mayo: La hora de su juicio ha llegado

Muchos profesos cristianos asegurarían hoy que Daniel fue demasiado exigente y lo tacharían de estrecho y fanático. Consideran de poca monta la cuestión de la comida y la bebida, como para requerir una actitud tan decidida y que pudiera involucrar el sacrificio de toda ventaja terrenal. Pero los que razonan de esta manera se darán cuenta en el día del juicio que se habían alejado de los expresos requerimientos divinos y habían establecido su propio juicio como norma de lo bueno y lo malo. Entonces comprenderán que lo que para ellos parecía sin importancia, era de suma importancia ante los ojos de Dios. Las demandas de Dios se deben obedecer religiosamente. Los que aceptan y obedecen uno de los preceptos divinos porque les parece conveniente hacerlo, mientras ignoran otro porque les parece que su observancia les demandaría un sacrificio, rebajan las normas del bien y con su ejemplo arrastran a otros a considerar con liviandad la sagrada ley de Dios. “Así dice el Señor”, debiera ser nuestra norma en todo tiempo (*Consejos sobre la salud*, p. 69).

Es el privilegio de toda persona vivir de tal manera que Dios la apruebe y la bendiga. Podéis estar cada hora en comunión con el cielo; no es la voluntad de vuestro Padre celestial que continuamente estéis bajo tribulación y tinieblas. Debierais cultivar el respeto propio, viviendo de tal modo que seáis aprobados por vuestra propia conciencia, y delante de los hombres y los ángeles... Tenéis el privilegio de ir a Jesús y de ser limpiados, y de estar delante de la ley sin vergüenza y remordimiento. “Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, mas conforme al espíritu”. Romanos 8:1. Mientras no debemos pensar en nosotros mismos más de lo debido, la Palabra de Dios no condena un debido respeto propio. Como hijos e hijas de Dios, debiéramos tener una consciente

dignidad de carácter, en la cual el orgullo y la importancia de sí mismos no tienen parte (*Nuestra elevada vocación*, p. 145).

Quede este punto completamente aclarado en cada mente: Si aceptamos a Cristo como Redentor, debemos aceptarlo como Soberano No podemos tener la seguridad y perfecta confianza en Cristo como nuestro Salvador hasta que lo reconozcamos como nuestro Rey y seamos obedientes a sus mandamientos. Así demostramos nuestra lealtad a Dios. Entonces nuestra fe sonará genuina, porque es una fe que obra. Obra por amor. Digan de corazón: “Señor, creo que tu moriste para redimir mi alma. Si tú le has dado tal valor al alma como para ofrecer tu vida por la mía, yo voy a responder. Entrego mi vida y todas sus posibilidades, con toda mi debilidad, a tu cuidado”.

La voluntad debe ser puesta en completa armonía con la voluntad de Dios. Cuando se ha hecho esto, ningún rayo de luz que brille en el corazón y en las cámaras de la mente será resistido. El alma no será obstruida con prejuicios que lleven a llamar tinieblas a la luz, y luz a las tinieblas. La luz del cielo es bien recibida, como una luz que llena todos los recintos del alma (*Fe y obras*, pp. 13, 14).

Jueves 24 de mayo: Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra

El deber de adorar a Dios estriba en el hecho de que él es el Creador, y que a él todos los demás seres deben su existencia. Y cada vez que la Biblia presenta el derecho de Jehová a nuestra reverencia y adoración con preferencia a los dioses de los paganos, menciona las pruebas de su poder creador...

Dice el salmista: “Reconoced que Jehová él es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos”. “¡Venid, postrémonos, y encorvémonos; arrodillémonos ante Jehová nuestro Hacedor!” Salmos 100:3; 95:6 (VM). Y los santos que adoran a Dios en el cielo dan como razón de homenaje que le deben: “¡Digno eres tú, Señor nuestro y Dios nuestro de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas!” Apocalipsis 4:11 (*Exaltad a Jesús*, p. 45).

Y como lo hizo todo, creó también el sábado. Por él fue apartado como un monumento recordativo de la obra de la creación. Nos presenta a Cristo como Santificador tanto como Creador. Declara que el que creó todas las cosas en el cielo y en la tierra, y mediante quien todas las cosas existen, es cabeza de la iglesia, y que por su poder somos reconciliados con Dios. Porque, hablando de Israel, dijo: “Diles también mis sábados, que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico” (Ezequiel 20:12), es decir, que los hace santos. Entonces el sábado es una señal del poder de Cristo para santificarnos. Es dado a todos aquellos a quienes Cristo hace santos. Como señal de su poder santificador, el sábado es dado a todos los que por medio de Cristo llegan a formar parte del Israel de Dios.

A todos los que reciban el sábado como señal del poder creador y redentor de Cristo, les resultará una delicia. Viendo a Cristo en él, se deleitan en él. El sábado les indica las obras de la creación como evidencia de su gran poder redentor. Al par que recuerda la perdida paz del Edén, habla de la paz restaurada por el Salvador. Y todo lo que encierra la naturaleza, repite su invitación: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar”. Mateo 11:28 (*El Deseado de todas las gentes*, p. 255).

Viernes 25 de mayo: Para estudiar y meditar

A fin de conocerle, p. 71.